

ORACIÓN

Perdona, Señor, si te llamo Desconocido. Pero es que, cuando ya apunta en el horizonte histórico la tenue luz del amanecer de un nuevo siglo, cuando nos aproximamos al segundo milenio desde que anduviste por las áridas y pedregosas tierras, hoy de nuevo ensangrentadas; cuando Tu vida y Tus actos han sido contados y transmitidos por todos los confines y Tus palabras comentadas e interpretadas en inacabables estudios y análisis, sigues siendo, a pesar de todo ello, un Desconocido. No te conocemos, Señor, esta es la verdad. Y mil veces que volvieras, mil veces que buscaríamos en Tí lo que no eres: de ahí que nunca lleguemos a conocerte. Somos incapaces de abrir nuestro entendimiento a Tus ideas, a Tu mensaje, a lo que representas. Vemos en Tí, con la peor de las cegueras, sólo lo que queremos, lo que nos interesa. Y oímos, con torpeza culpable, nada más que cuanto conviene a nuestras apetencias. Y lo poco que llegamos a percibir con nuestros ojos, voluntariamente miopes, y a escuchar con nuestros oídos, adrede taponados, lo es de forma distorsionada y confusa, para así justificar nuestros actos.

Desde la lejanía de los tiempos, Tu pueblo esperaba, como Mesías, un caudillo, un guerrero liberador y vencedor; la salvación la identificaban con el dominio y el poderío. Así acabaron, en su decepción, por crucificarte. Y de igual manera ha ocurrido con Tus enseñanzas, con Tus predicaciones. Unas veces porque colisionaban frontalmente con intereses personales, otras porque su sentido era tergiversado por las habilidades de eruditos exégetas. Ciertamente, algunos seres singulares y extraños, fueron capaces de entenderte y conocerte, como el

«pobrecito de Asis» que, consciente del origen común de todos los seres, de todo lo creado, llamaba hermano al lobo, a la paloma, al viento, al agua... al hombre. Es la excepción de la regla. Los demás donde Tú dijiste «amarás a tu prójimo», entendimos que era frase para la galería y para soltar unas pocas monedas sobrantes; y cuando en una ocasión, para indicar la lucha íntima con la que vencer las pasiones, señalaste que no «habías venido a traer la paz», consideramos la frase una abolición del precepto de no matarás y, como de costumbre, continuamos ensarzados en luchas fratricidas.

Señor, esto es lo tremendo, lo espeluznante. La historia del hombre, nuestra historia, está tejida, vertebrada con hechos deplorables, ruines, despreciables e inútiles: los realizados en esa sucesión de muerte y espanto que significa la guerra. Nunca hemos cesado de clamar por la paz y siempre acabamos matando.

Hace apenas un año, por diversas y felices circunstancias, el mundo, parecía encaminarse hacia un definitivo entendimiento. Había caído la vergüenza de un muro separador y convergían sugestivos proyectos de futuro. El porvenir se teñía con tintes de esperanza. Pero de repente, con gran sorpresa, estalla el conflicto que destruye el tímido optimismo que había nacido. Con virulencia y violencia satánicas, el hombre está otra vez segando vidas, haciendo de su mundo un lugar inhabitable. No importan el aire envenenado, ni la tierra convertida en cenizas, ni el agua corrompida, ni la sangre derramada; no importan el dolor de las víctimas, ni el exterminio de las especies; lo que importa es imponer los deseos, la ambición, la potencia de las armas, capaces de arrasar

este desdichado planeta nuestro.

¿Ves, Señor, como no te conocemos? ¿Ves como nuestras acciones no van en la dirección que nos pedías? Y para colmo de la desfachatez, de la maldad y de la blasfemia, se ha llamado, muchas veces, santa a la guerra. ¡Cuántos desafueros, Señor, se han cometido invocando Tu nombre! ¡El nombre de Dios, que no debe ser utilizado por otra cosa que no sea buscar la Esperanza, la Paz y el Amor!

Ignoro si cuando estas pobres líneas

salgan a la luz, habrá terminado la lucha, como todos deseamos. De cualquier manera, Señor, pese a nuestra estúpida maldad, aun cuando sólo somos dignos del olvido y del desprecio, ayúdanos. Haz que la paz impere y nunca se quiebre; haz que por fin, nuestra inteligencia, comprenda que la solución de todos los problemas se encuentra en Tu más sencillo y emotivo mandato de amarnos todos como Tú lo hiciste.

MIGUEL MOLINA

3 - 1.991

imagen, palabra y voz



...su blanca sonrisa inmaculada va acompañada con la palma de nuestros pecados...

M.A. LÓPEZ BURGOS

(J. Pérez Molinero, 1978)